

DESPUES del alto anterior, las lecturas que hemos hecho han sido bastante homogéneas (demasiado, pensaré más de un lector): de lingüística al final y de teoría literaria casi todo el tiempo. Nuestra reflexión de hoy podría pues comenzar con una ojeada muy general a la situación actual de la lingüística, para pasar después, desde ella, a unas consideraciones, asimismo actuales, sobre teoría de la literatura.

El panorama actual de la lingüística es bastante complejo, y reflejarlo con algún detalle no correspondería a un manual como el de Roca-Pons —del que el otro día hablábamos, aunque, por falta de espacio, mucho menos de lo que merece—, el cual se limita a hablar de las escuelas de Ginebra, Praga, Copenhague, un poco de otros lingüistas europeos bien conocidos, y entre los americanos, Sapir, Bloomfield (representante, hasta cierto punto, del conductismo lingüístico), los posbloomfieldianos, y en un único párrafo, del "transformacionalismo". Evidentemente, si Chomsky no ha pasado en vano —y no ha pasado en vano—, la gramática estructuralista actual no puede consistir ya en "conductismo", "lexicología" en el sentido de taxonomía de un universo lingüístico cerrado. La "piedra de escándalo" en la concepción de Chomsky es su postulación de una facultad lingüística innata. En relación con ella se discute su interpretación de lo que él llama "lingüística cartesiana". En sentido más técnico, se objeta a sus reglas transformacionales. Y, con respecto a lo que más nos atañe aquí, se censura su tendencia a prescindir del estudio de la performance y, en general, de la dimensión comunicativa del lenguaje (una parcela de la cual desbrozaba el libro de Sánchez de Zavala).

Hoy parece que debe hablarse, por supuesto, de una gramática generativo-transformacional (la de Chomsky y sus discípulos ortodoxos), pero también, junto a ella, o frente a ella —como se prefiera decir—, de una gramática

generativa no "transformacional" y, más concretamente, de una semántica lingüística generativa. Esta gramática parece tan abierta, por lo menos, como la otra, ya que está en diálogo con las ideas filosóficas de Tarski y Carnap, así como con las de Wittgenstein y Austin (en quien, por cierto, se apoya Sánchez de Zavala al final de su libro). Pero más o menos abierta, no habría sido posible sin la "revolución" de Chomsky (1).

Los lingüistas modernos habían descuidado, pues, hasta ahora el aspecto semántico y el aspecto pragmático del lenguaje. Acertadamente recogía Roca-Pons una división de la teoría del lenguaje no estrechamente "lingüística", la de Carnap, en (morfo) sintaxis, semántica y pragmática. Más o menos dentro de pragmática —ya vimos este "más" y este "menos"— caería la "praxiología" de Sánchez de Zavala y, por supues-

Bonati, forman la literatura. La comunicación literaria, según eso, nada tiene que ver con la comunicación lingüística. Sería otro "uso" del lenguaje.

Creo que la escolástica fenomenológica, a fin de encontrar "esencias" puras, ofusca —por búsqueda de excesiva claridad, paradójicamente— a Martínez Bonati. Continuamente, en la conversación real y por poco literatos, por poco poetas que seamos, estamos haciendo un uso literario y aun poético del lenguaje. Buscamos la expresividad, la frase feliz; perfeccionamos estilísticamente la anécdota o el chiste cien veces contados ya, mantenemos diálogos reales según la farsa de los diálogos literarios, asumimos hasta cierto punto, e inserto en el de conversador corriente, un rol literario. (De hecho, con la conversación misma puede hacerse literatura.) Aun cuando el prejuicio esencialista

do este método (estudio de las obras a través del material verbal, como 'organismos poéticos en sí'), que hoy llamaría estructuralista".

En suma, yo hoy sustituiría la fórmula que nos proponía Bonati, "Estilística vossleriana plus fenomenología husserliana", por esta otra: "Crítica literaria estructuralista plus apertura a la creatividad". Recordará el lector que reprochábamos a la crítica estructuralista su escasa capacidad para habérselas con obras poderosamente creativas. El mismo reproche cabría hacer, y hasta con mayor razón, a la obra de "creación" (digamos mejor, ficción o imaginación) de los escritores estructuralistas. No me parece que a las novelas de Philippe Sollers, Jean Thibaut o Jean-Louis Baudry, cualesquiera que sean las cualidades que, desde otro punto de vista, se les reconozca, les sobre precisamente poder de creatividad, fuerza mitopoiética. Y de ahí mi valoración positiva de la teoría de Northrop Frye, tomándola, por supuesto, más para analizar lo mitopoiético futuro que para volver los ojos, como él ha hecho, a los mitos pasados —recurrentes siempre, a su juicio, también, y este sería otro punto de discusión—; tomándola, por supuesto, no como terminal, sino como punto de partida y en cuanto proporciona una nueva orientación.

Para terminar, permítaseme volver a El lenguaje, el libro de Roca-Pons, en primer lugar porque sigo con la mala conciencia de no haberlo reseñado suficientemente, y, sobre todo, porque al lector no especializado en cuestiones de lingüística y en las relaciones de ésta con la teoría literaria, puede servirle de marco dentro del cual poner, con mayor detalle, lo que haya visto a través de la presente serie de artículos y de las lecturas que por su cuenta haya hecho a partir de éstos. Aun cuando la estructura de su libro sea, según vimos repasando el sumario, la clásica entre los lingüistas actuales, es muy importante, por abrir perspectivas más allá de aquella, la sección sobre "El lenguaje desde el punto de vista de otras ciencias o disciplinas"; a saber: la filosofía, la psicología, la estética literaria, la sociología y la matemática. Ya vimos como, hablando de la primera, recogía la concepción de Carnap, y el lugar esencial que en ella se hacía a la pragmática lingüística. La matemática ha sido, y sigue siendo, muy importante como órganon que dé estatuto científico a la lingüística. El capítulo dedicado a "La estética literaria" es o podría ser el más importante para el tránsito a ella desde el estudio del lenguaje. Tras todo lo que hemos dicho se habría deseado, sin duda, un mayor desarrollo de lo que allí se dice. Pero en ningún libro es posible encontrar todo lo que cada uno quisiera. ■

JOSE LUIS L. ARANGUREN

OTRO MOMENTO DE REFLEXION SOBRE LO LEIDO

to, caen la "expresión" y la "comunicación" y "apelación" de Bühler, y la "connotación", a diferencia de la "denotación".

La dimensión del lenguaje como "habla" o inflexión personal ejecutada en la lengua a través de su "actuación", es lo que Charles Bally, antes que nadie, llamó "estilística", y lo que más nos importa aquí, porque permite el pasaje, sin solución de continuidad, de la lengua a la literatura. Bonati se opondría, según vimos, a esta continuidad —y, por cierto, en uno de los capítulos más agudos de su libro— por considerar que la "frase auténtica real", verdadero signo lingüístico, debe ser distinguida de la frase con la que, por ejemplo, se relata un diálogo anterior, y que no sería propiamente signo lingüístico sino —para usar la terminología de Charles Morris—"signo icónico" (reproducción real de lo que "fue" signo lingüístico) o "pseudofrase", como la llama, a mi juicio con poca fortuna, Bonati. Y, consiguientemente, caben también representantes o signos icónicos, no de auténticas frases reales, sino de frases auténticas, sí, pero puramente imaginarias. Son lo que, según

las separe, de hecho la función lingüística y la función literaria no son separables; forman, si no un continuum, sí un entrelazado. Lo cual no obsta, claro, a que socialmente se consideren ciertos encadenamientos de expresiones como literatura, y otras no (por cierto, con una línea divisoria móvil), y en el mercado se encuentren unos libros que se venden como de literatura.

La continuidad entre la lingüística y la teoría literaria fue ya vista por Leo Spitzer precisamente en lo que llamó Estilística (palabra que acertadamente retomó de Bally). Después Jakobson ha iluminado, mediante análisis concretos, muy finos y perspicaces, la continuidad subyacente del lenguaje común y el literario. La Estilística apunta a los rasgos propios de cada obra literaria, a lo que tiene de genuino y creativo; es decir, de "desviación" con respecto a los modos anteriores de decir. Martínez Bonati habla demasiado poco —prácticamente nada— de Spitzer; se limita a mencionarle, poniéndole junto a Vossler. Creo que es un error, como ya hice notar al criticar su libro. Spitzer vislumbró lo que con Jakobson ha quedado, pienso, bastante claro. Y no hay demasiada exageración en aquel juicio que sobre su propia obra emitió en 1961: "Desde 1920 he practica-

(1) Sobre esto, véase el libro de John Searle, La revolución de Chomsky en lingüística. Anagrama, Barcelona, 1973.